

# Capítulo 1

---

## FINALES DE PRIMAVERA, MARYLAND

Hasta esa noche, lo más cerca que había estado Tess Bailey de un club de *striptease* había sido en televisión, donde atractivas mujeres bailaban con aire seductor en tanga, con sus jóvenes cuerpos relucientes en un escenario espectacular.

En el Gentlemen's Den, a miles de kilómetros de Hollywood, en un barrio decrepito al norte de Washington D.C., la bola de cristal estaba rota, y la *striper* entrada en años que se movía en el improvisado escenario parecía cansada y helada de frío.

—¡Ups! —Nash volvió la espalda al ruidoso local para ocultar su cara entre las sombras—. Ése que está sentado con Decker es Gus Mondelay —le dijo a Tess.

Diego Nash tenía una de esas caras que destacaba en una multitud. Y era evidente que no quería que Mondelay, quienquiera que fuese, le viera.

Tess le siguió mientras volvía hacia el bar, lejos de la mesa en la que Lawrence Decker, compañero de Nash en la Agencia durante mucho tiempo, estaba trabajando de incógnito.

Entonces se tropezó con alguien.

—Disculpe...

¡Dios mío! Las camareras no llevaban camisas. El Gentlemen's Den no era sólo un club de *striptease*, también era un bar de *topless*.

Cogió a Nash de la mano y le arrastró por el pasillo que conducía al teléfono y a los servicios. Estaba bastante oscuro, y allí no había ninguna mujer medio desnuda a la vista.

Tenía que decirlo.

—Sólo era un rumor...

Nash la apoyó contra la pared y acercó su cara al cuello con los brazos a los lados de su cuerpo. Ella se quedó aturdida unos tres segundos antes de darse cuenta de que dos hombres habían salido tambaleándose del servicio de caballeros. Era otra estrategia para ocultar su rostro.

Tess fingió que sólo estaba fingiendo que se derretía mientras él le besaba la garganta y la mandíbula, esperando a que los borrachos se fueran para hablar, con su cálido aliento contra su oreja.

—Había al menos cuatro tiradores apostados en el aparcamiento. Y éstos son sólo los que he localizado mientras entrábamos.

La luz del aparcamiento era de lo más lúgubre. Tess había alternado su concentración entre sus intentos de no meter el pie en los baches para no caerse y dos ciclistas que parecían estar haciendo una competición de meadas. Por no hablar de lo increíble que era estar en el mundo real con el legendario Diego Nash...

Se habían quedado solos en el pasillo, pero Nash no se había movido ni un ápice. Estaba tan cerca que Tess tenía la nariz a unos centímetros del cuello de su cara camisa. Oía maravillosamente bien.

—¿Quién es Gus Mondelay? —preguntó.

—Un informador —se limitó a responder él moviendo el músculo lateral de su perfecta mandíbula—. Está en la nómina de la Agencia, pero últimamente me he estado preguntando... —movió la cabeza de un lado a otro—. Tiene sentido que se encuentre aquí ahora. Le gustaría ver cómo disparan a Deck —sonrió con pesar—. Gracias por llamarme.

Tess seguía sin poderse creer la conversación que había oído por casualidad una hora antes en las oficinas de la Agencia.

Había llegado el rumor de que la tapadera de Lawrence Decker había sido descubierta y de que iban a tenderle una emboscada para matarle. El personal de apoyo del turno de noche de la Agencia intentó contactar con él, pero lo más que pudieron hacer fue dejarle un mensaje en su buzón de voz.

Nadie se había molestado en ponerse en contacto con Diego Nash.

—Nash no trabaja en este caso con Decker —le informó Suellen Foster a Tess—. Además, sólo es un rumor.

Nash era algo más que el compañero de Decker. Era su amigo. Tess le había llamado mientras iba corriendo hacia el aparcamiento.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó ahora mirándole.

Tenía los ojos de color chocolate, unos ojos cálidos con un brillo de diversión perpetuo cada vez que entraba en las oficinas y flirteaba con el numeroso personal femenino de apoyo. En especial le gustaba sentarse en el borde de la mesa de Tess, y los demás analistas y empleados de la Agencia le tomaban el pelo por sus atenciones. También le advertían de los riesgos de salir con un agente de campo, sobre todo con uno como Diego Nash, que tenía un grave complejo de 007.

Como si hiciera falta que le advirtieran.

Nash se sentaba en su mesa porque le gustaba su cuenco de caramelos de limón, porque le decía que era «un engreído y un egoísta» a la cara y porque se negaba a tomarle en serio.

Pero ahora se encontraba en su mundo, y le estaba tomando muy en serio.

En sus ojos normalmente cálidos había una mirada fría, sin vida, como si una parte de él estuviera muy lejos de allí.

—No vamos a hacer nada —le dijo a Tess—. Tú te irás a casa.

—Puedo ayudarte.

Él ya lo había decidido.

—Me ayudarás más marchándote.

—He hecho el curso de formación —le informó bloqueándole el paso hacia el bar—. Y ya he solicitado un puesto de agente de campo. Es sólo cuestión de tiempo...

Nash movió la cabeza de un lado a otro.

—No van a cogerte. Jamás te cogerán. Mira, Bailey, gracias por traerme, pero...

—Tess —precisó ella. Nash tenía la costumbre de llamar al personal de apoyo por su apellido, pero esa noche estaba allí con él, sobre el terreno—. Y van a cogermé. Brian Underwood me dijo...

—Brian Underwood te siguió el juego porque temía que te fueras y te necesita en el grupo de apoyo. Ahora si me disculpas, debería zanjar esta conversación sobre tus posibilidades de promoción para centrarme en el hecho de que mi compañero está a punto de...

—Puedo llevarle un mensaje a Decker —afirmó Tess—. En ese bar no me conoce nadie.

Nash lanzó una carcajada.

—¿Qué? ¿Vas a acercarte a él con tus pecas y tu ropa de escuela dominical?

—No es ropa de escuela dominical.

Era la ropa que se había puesto para ir corriendo al trabajo un viernes por la noche a las 10:30 para recoger un expediente. Unos vaqueros, unos deportivos y una camiseta.

La camiseta...

Tess miró a través del pasillo hacia un extremo de la barra del bar, donde las camareras iban a recoger las bebidas y a dejar los vasos vacíos.

—Tú destacas en este agujero tanto como yo con este traje —le dijo Nash—. Más aún. Si te acercas a Decker con la pinta que tienes...

Justo allí, al lado de la caja registradora, había un montón de bandejas pequeñas.

—También es mi amigo —dijo Tess—. Hay que prevenirle, y yo puedo hacerlo.

—No —su tono era concluyente—. Vas a salir por la puerta, Bailey, te montarás en tu coche y...

Tess se quitó la camiseta y el sujetador y se los dio.

—¿Qué mensaje tengo que darle? —preguntó.

Nash la miró. Luego miró la camiseta y el sujetador de encaje que tenía en la mano antes de volver a mirarla.

—Cielo santo, Bailey.

Tess sintió el calor de sus mejillas con la misma intensidad que el aire acondicionado que le daba en los hombros y la espalda desnuda.

—¿Qué debo decirle? —preguntó de nuevo a Nash.

—Maldita sea —dijo él riéndose un poco—. Muy bien —se metió la ropa en el bolsillo de la chaqueta—. Pero sigues pareciendo una catequista.

Tess le lanzó una mirada de incredulidad y un gruñido.

—No es cierto —por el amor de Dios, estaba allí medio desnuda...

Entonces se acercó a ella, le desató el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera.

—¡Eh! —intentó apartarse, pero él la retuvo.

—¿No ves la MTV? —le preguntó doblándole los pantalones hacia abajo para que le quedaran en la cadera, con los dedos calientes sobre su piel.

Ahora se le veía el ombligo y el borde de las bragas, con la cremallera de los vaqueros doblada precariamente.

—Sí, en mi escaso tiempo libre.

—Podrías usar lápiz de labios —Nash retrocedió un poco para observarla y luego le revolvió el pelo corto con las dos manos antes de mirarla de nuevo—. Así está mejor.

Vaya, muchas gracias.

—¿El mensaje? —dijo ella.

—Dile a Decker que no se mueva por ahora —ordenó Nash—. No van a dispararle dentro. No le digas eso, ya lo sabe. Eso te lo digo a ti, ¿comprendes?

Tess asintió.

—Voy a rodear el perímetro del local —prosiguió—. Nos reuniremos aquí —no, en el servicio de señoras— dentro de diez minutos. Dale el mensaje a Deck, sé breve, no lo estropees intentando decirle demasiado. Luego vete al servicio de señoras y quédate allí hasta que llegue yo. ¿Está claro?

Tess volvió a asentir. No había visto nunca a este Nash, dando órdenes tajantes con tanta frialdad. Tampoco había visto al Nash en el que se había convertido en el coche de camino hacia allí. Después de llamarle por teléfono le había recogido en el centro. Luego le contó con más detalle todo lo que había oído mientras se dirigían al Gentlemen's Den. Tras intentar localizar a Decker en su móvil sin éxito, Nash se quedó callado y muy serio.

Mientras le miraba se dio cuenta de que estaba asustado. Tenía miedo de que fuera demasiado tarde, de que el tiroteo hubiese acabado ya, de que su compañero y amigo estuviera ya muerto.

Cuando llegaron allí y el aparcamiento estaba tranquilo, cuando entraron dentro y vieron a Decker vivo aún, hubo una

fracción de segundo en la que Tess creyó que Nash iba a desmayarse de alivio.

Era algo increíble. Puede que Diego Nash fuera humano después de todo.

Tess le lanzó una última sonrisa y comenzó a andar por el pasillo para coger una de aquellas bandejas. Dios santo, estaba a punto de entrar en una sala llena de borrachos con los pechos desnudos y los pantalones a mitad del trasero. Pero no podía ser peor que el repaso que le había dado Nash.

—Tess —al agarrarla del brazo volvió a mirarle—. Ten cuidado. Ella asintió otra vez.

—Tú también.

Entonces sonrió mostrando sus deslumbrantes dientes blancos.

—Deck va a alucinar cuando te vea.

Con eso se marchó.

Tess cogió una bandeja de la barra y se abrió paso entre la multitud.

Algo iba mal.

Decker lo veía en los ojos de Gus Mondelay, en el modo en que aquel tipo rechoncho estaba sentado enfrente de él al otro lado de la mesa.

Aunque era posible que lo que veía se debiera a las cuatro enchiladas que Mondelay se había zampado en el Joey's Mexican Shack veinte minutos antes de reunirse allí con Decker.

Pero Decker no se fiaba de Mondelay. Y algo en el sonido de su voz cuando le llamó para concertar esa cita con el líder de Freedom Network Tim Ebersole había hecho que Decker saliera pronto para esperar a Mondelay a la salida del trabajo y seguirle hasta allí. Pero aparte del Shack, Mondelay no se había detenido en ningún otro sitio antes de llegar al Gentlemen's Den. Y tampoco había hablado con nadie por su móvil.

Mondelay le hizo un gesto a Decker para que se acercara; era la única manera de entenderse por encima de la música.

—Parece que Tim se retrasa.

Dios santo, aquella noche a Mondelay le olía el aliento peor que de costumbre.

—No tengo prisa —dijo Decker recostándose de nuevo en su asiento. Aire. Dios, dale un poco de aire, por favor.

Gus Mondelay había entrado en contacto con Freedom Network cuando estuvo dieciocho meses en la cárcel de Wallens Ridge por posesión ilegal de armas de fuego. El nombre del grupo hacía que parecieran valientes patriotas, pero en realidad eran unos radicales: nombre que daba la Agencia a los terroristas del país con tendencias racistas y neonazis y un odio feroz al gobierno federal. Y a todos los agentes del gobierno federal.

Como Decker.

Aunque la especialidad de Deck eran las células terroristas de origen extranjero, le habían presentado a Gus Mondelay cuando el informador dejó caer lo que parecía ser una prueba de que aquellos radicales colaboraban con Al Qaeda.

Esas conjeturas aparentemente ridículas no se podían tomar a la ligera, aunque ni el propio Decker comprendiera su sentido. Si había alguien a quien los radicales odiaran más que a los agentes federales eran los extranjeros. Aunque también era posible que esos dos grupos hubieran encontrado un punto en común en su odio hacia Israel y los judíos.

Así pues, Dougie Brendon, el recién nombrado director de la Agencia, le había asignado a Gus Mondelay. Deck debía utilizar a Mondelay para contactar con Freedom Network con el objetivo de estar presente en una de las reuniones con los miembros de la supuesta célula de Al Qaeda.

Hasta entonces Mondelay sólo le había dado pistas que no le llevaban a ninguna parte.

A cambio, Decker se sentaba con él noche tras noche viendo a mujeres inexpresivas que giraban sin entusiasmo en sórdidos clubs de *striptease* en los que tenía que soportar la ensordecedora música rock que sonaba a todo volumen. Naturalmente, él pagaba las copas.

Mondelay le hizo otro gesto para que se acercara de nuevo.

—Voy a llamar a Tim para ver por qué se retrasa —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo de sus pantalones.

Decker observó cómo marcaba un número a toda velocidad, se llevaba el teléfono a la cara y se tapaba la otra oreja con un dedo del

tamaño de una salchicha. Sí, eso le ayudaría a oír por encima de la música.

No habría sido tan terrible estar allí si el DJ pusiera algo de Aerosmith de vez en cuando.

O si las *stripers* y las camareras de aquel lugar sonrieran, o por lo menos fruncieran el ceño. Su perpetua expresión de aburrimiento era deprimente. Ni siquiera se molestaban en cabrearse porque las estuvieran explotando.

Mondelay se recostó en su silla como si el otro hubiera contestado. Decker no podía oír la conversación, pero podía leer los labios. Giró la cabeza para que Mondelay quedara justo en el borde de su campo de visión.

*¿Por qué diablos tardas tanto? Una pausa. No, capullo, se suponía que eras tú el que debía llamarme a mí. Llevo aquí sentado casi una hora esperando al jodido cabeza de turco.*

¿Cómo?

*Que te jodan a ti, cabrón.* Mondelay colgó el teléfono y se acercó a Decker.

—Me he equivocado de local —dijo—. Tim y los demás están en el Bull Run. Ha sido culpa mía. Tim dice que deberíamos reunirnos con ellos allí.

No. Era imposible que Mondelay hubiera hablado con Tim. Decker le había oído hablar con él otras veces, y todo era «Sí, señor» y «Enseguida, señor». «Permítame que le bese el culo, señor», no «Que te jodan a ti, cabrón».

Había algo que olía a podrido en el Gentlemen's Den; aparte del mal aliento de Mondelay, claro está.

Mondelay no estaba esperando a ningún cabeza de turco. Estaba esperando la señal para actuar. Aquel hijo de perra estaba vendiendo a Decker.

Mondelay comenzó a levantar su pesado cuerpo del asiento con cierta dificultad.

—No iréis a marcharos, ¿eh, chicos?

Decker miró directamente a los ojos de Tess Bailey, la experta en informática del departamento de apoyo de la Agencia.

Bueno, no. A decir verdad, lo primero que miró no fueron sus ojos.

Tess se había trasladado a D.C. hacía algunos años desde algún lugar del medio oeste. ¿Kansas? Una ciudad pequeña, les dijo una vez cuando se lo preguntó Nash. Su padre era bibliotecario.

Era curioso que se acordara de aquello en ese momento.

Porque ya no parecía que fuera una joven de una pequeña ciudad de Kansas.

—En la barra hay una dama que quiere invitaros a la siguiente ronda —le dijo Tess gritando para que le oyera por encima de la música mientras él intentaba levantar la vista hacia su cara.

Nash. El hecho de que estuviera allí medio desnuda —no, debía olvidarse de esa parte, aunque resultaba difícil teniéndola tan cerca— sólo podía querer decir que Nash también estaba allí. Y si Nash estaba allí eso significaba que Decker tenía razón y que iban a ejecutarle. O al menos a secuestrarle.

Se fijó en Mondelay, en la energía nerviosa que parecía rodear al hombretón. No, había acertado desde el primer momento. Mondelay estaba preparándole para que le mataran.

Maldito hijo de perra.

—Ha dicho que eres muy atractivo —Tess estaba gritando a Decker, intentando que la mirara a los ojos sin conseguirlo del todo—. Está allí detrás —señaló hacia el bar con un brazo mientras utilizaba el otro para sujetar la bandeja contra su pecho, con lo cual resultaba un poco más fácil prestar atención a lo que estaba diciendo a pesar de que seguía sin tener sentido. ¿Atractivo? ¿Quién estaba allí detrás?

Nash, por supuesto.

—¿Qué os apetece tomar? —preguntó Tess con una animada sonrisa, su adorable nariz pecosa y los pechos desnudos debajo de la bandeja que estaba estrechando.

—Nos vamos —le informó Mondelay.

—Las copas son gratis —dijo Tess con tono seductor—. Deberíais quedaros un rato más —agregó mirando fijamente a Deck.

Un mensaje de Nash.

—Yo tomaré otra cerveza —gritó Decker con un asentimiento de conformidad.

Mondelay se rió sin poder creérselo.

—Pensaba que querías conocer a Tim.

Decker hizo un esfuerzo para sonreír al hombre que le había llevado allí para que le mataran. Dos camaradas que recorrían juntos los clubs de *striptease*.

—Así es.

—Pues nos están esperando.

—Muy bien —dijo Decker—. Que esperen. Así no parecerá que estamos demasiado impacientes —volvió a mirar a Tess—. Que sea importada.

Mondelay también la miró estrechando un poco los ojos, una posible señal de que podía estar pensando.

—Eres nueva aquí, ¿verdad?

—Él también tomará otra cerveza —añadió Decker esperando que Tess hubiera captado su indirecta y se fuera rápidamente.

Mondelay tenía prisa para marcharse, pero nunca tenía demasiada prisa para acosar a una camarera cuando se le presentaba la oportunidad.

—¿Qué escondes ahí, preciosa?

—Iré a buscar esas cervezas.

Pero era ya un poco tarde. Mondelay había agarrado el borde de su bandeja para impedir que se fuera. Tiró de ella y consiguió quitársela en contra de su voluntad. Tess siguió sonriendo, pero no sabía mentir tan bien como para ocultar por completo su malestar. Decker tuvo que apartar la vista, odiándose por el hecho de que estuviera haciendo aquello por él.

¿A quién pretendía engañar? En realidad lo estaba haciendo por James «Diego» Nash.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le preguntó Mondelay.

El volumen de la música disminuyó un poco cuando acabó el número y la *striper* abandonó el escenario. Tenían unos diez minutos para que sus oídos se recuperaran antes de que la siguiente chica comenzara a bailar.

—No mucho —dijo Tess. Seguía habiendo ruido, pero ya no tenía que gritar tanto.

—Deberías tener todo el cuerpo bronceado.

—Sí —respondió ella con frialdad—. Ya lo sé.

—Deja que vaya a buscar esas cervezas —dijo Decker.

—Le echaría un buen polvo —comentó Mondelay como si Tess no estuviera allí—. ¿Tú no?

Deck había intentado fingir que una mujer que estaba bailando alrededor de una barra al otro lado del bar había captado toda su atención, pero entonces tuvo que mirar a Tess, que tenía en su mesa una foto enmarcada de sus dos sobrinitas y una figura de plástico de la vampiresa Buffy. Sabía que era Buffy porque Nash se lo había preguntado una vez, y ella les había dicho que representaba el poder femenino y el hecho de que la mayoría de la gente tenía una parte oculta que no era evidente a simple vista.

Decker se sentía furioso con Nash, quien sin duda alguna había llevado su flirteo con Tess al siguiente nivel al enterarse de que Decker necesitaba ayuda. No sabía qué le indignaba más: que Nash hubiera mandado allí a Tess medio desnuda o que se acostara con ella.

—Sí —le dijo a Mondelay, puesto que llevaban toda la semana hablando en esos términos de las camareras de aquellos bares. Luego sonrió a Tess esperando que lo interpretara como una disculpa de toda la población masculina—. Yo también le enviaría unas flores.

—Dime, guapa, ¿es verdad que a las mujeres os va el rollo sentimental?

—No —repuso ella—. Lo que nos gusta es que nos traten como objetos, nos utilicen y nos dejen tiradas. ¿Por qué crees que trabajo aquí? Aparte del increíble seguro sanitario y el sueldo astronómico.

Decker se rió cuando ella consiguió por fin recuperar su bandeja y se dirigió hacia la barra.

Observó cómo se iba, consciente de la atención que despertaba entre la chusma del bar, fijándose en la suave curva de su cintura y en el modo en que sus hombros y su cabeza sobresalían por encima de la gente, aunque no era muy alta. También se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no enviaba flores a ninguna mujer.

Tenían un grave problema. Quienquiera que hubiese preparado aquella emboscada tenía formación paramilitar.

Había demasiados tiradores apostados alrededor del edificio. No podía deshacerse de todos ellos.

Bueno, sí podía. Aunque el plan era profesional los tiradores eran amateurs. Podía ocuparse de todos ellos uno a uno. Como los dos primeros que había encontrado, la mayoría ni siquiera le oiría llegar.

Pero las manos de Jimmy Nash estaban ya temblando tras limpiar aquel tejado. Le habría ayudado fumarse un cigarrillo, pero la última vez que lo dejó había jurado que sería para siempre.

Se lavó las manos en el lavabo del servicio de caballeros, intentando que dejaran de temblar sólo con su fuerza de voluntad.

Lo que hizo que se calmara y su corazón dejara de martillearle en el pecho fue aquella terrible imagen que tenía en la cabeza de Decker muerto a tiros en el aparcamiento.

Haría cualquier cosa por él.

Habían sido compañeros en la Agencia durante más tiempo del que duraban ahora muchos matrimonios. Siete años. ¿Quién hubiera creído que eso sería posible? Dos tipos incontrolables, uno de ellos —él— acostumbrado a trabajar solo, primo directo del diablo; y el otro un Boy Scout estrafalario, antiguo comando de la Marina...

Cuando Tess le llamó esa noche y le dijo lo que había oído, que el Cuartel General sabía que iban a atentar contra Decker y que no pensaban hacer nada para evitarlo...

El nuevo director de la Agencia, el capullo de Doug Brendon, nunca había ocultado su profunda antipatía por Jimmy Nash, y en consecuencia por Decker. Pero aquello era ir demasiado lejos.

Jimmy se echó el pelo hacia atrás con las manos mojadas y se miró los ojos en el espejo.

Unos ojos asesinos.

Cuando sacara a Decker de allí iba a buscar a Dougie Brendon...

*¿Y pasar el resto de tu vida en la cárcel?* Jimmy pudo oír con claridad la voz serena de Deck.

*Antes tendrían que cogermé,* repuso. Y no lo harán. Hacía mucho tiempo había jurado que haría lo que fuera necesario para que no le volvieran a encerrar.

*Hay otras formas de desahogarse.* ¿Cuántas veces le había dicho Decker aquellas palabras?

Otras formas...

Como Tess Bailey.

Que le estaba esperando en el servicio de señoras. Que era muy atractiva. Y le gustaba. Lo había visto en sus ojos. Aunque fingía tener una actitud de frialdad cuando flirteaba con ella en la oficina, Jimmy sabía que con un poco más de encanto y seducción le daría luz verde. Esa misma noche.

Dejaría que Decker se ocupara de Doug Brendon.

Él se ocuparía de Tess.

Sonrió para sus adentros mientras abría la puerta del servicio de caballeros y salía al pasillo.

Esa noche se entregaría a Tess como un regalo. En circunstancias normales jamás se liaría con nadie del personal de apoyo. Pero aquellas circunstancias no eran normales.

Su estado de excitación no era sólo el resultado de la descarga de adrenalina por haber limpiado aquel tejado. Cuando Tess le llamó estaba a punto de reunirse con una joven y atractiva abogada llamada Eleanor Gantz.

Quien no era probable que volviera a recibirle con los brazos abiertos en un futuro próximo. La había dejado plantada sin darle ninguna explicación al enterarse de que Decker estaba en peligro.

Aunque a decir verdad no recordaba bien su aspecto; su memoria estaba completamente ocupada por Tess Bailey con aquellos vaqueros a mitad de cadera y nada más.

¿Quién se lo iba a decir?

Jimmy abrió la puerta del servicio de señoras esperando verla en persona. Pero no estaba allí. *Mierda*. Miró en los compartimentos, pero estaban vacíos.

Se libró rápidamente de su embriaguez y dejó de pensar en la última parte de la noche para centrarse en el aquí y ahora, en encontrar a Tess.

La localizó enseguida al salir de nuevo al pasillo. Estaba en la barra del bar. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Entonces lo comprendió. Decker y Mondelay habían pedido algo de beber.

Y él no había sido muy preciso en sus instrucciones, suponiendo que «Vete al servicio de señoras» significaba sólo eso, no «Vete al servicio de señoras después de servirles unas copas».

El principal problema de que se encontrara en el bar no era que estuviese con los pechos desnudos rodeada de borrachos y perversos.

No, el principal problema era que estaba rodeada de otras mujeres con los pechos desnudos —las auténticas camareras del Gentlemen's Den—, que se estarían preguntando qué estaba haciendo Tess quedándose con sus propinas.

Así fue. Mientras Jimmy estaba observando, una mujer mayor con unos largos rizos dorados, que parecía el mascarón de proa de un barco antiguo —esas cosas tenían que ser implantes—, le dio un golpecito a Tess en el hombro.

Desde aquella distancia no pudo oír lo que le decía. No tenía la cara en el ángulo adecuado para leer sus labios, pero su lenguaje corporal era muy claro: «¿Quién diablos eres tú?»

Había llegado el momento de rescatarla.

Se quitó la chaqueta y la tiró en una esquina. En aquel garito nadie llevaba traje, y de todas formas el suyo estaba destrozado. Se deshizo también de la corbata, se aflojó el cuello y se subió las mangas de la camisa mientras se abría paso entre la gente hacia el bar.

—Mira, aquí está —le estaba diciendo Tess al Mascarón. Luego le sonrió, lo cual le distrajo enormemente, porque, como la mayoría de los hombres heterosexuales, había sido educado para interpretar la combinación de unos pechos desnudos y una cálida sonrisa como un mensaje positivo. Tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en lo que decía.

—Le estaba hablando a Crystal de la broma que le estamos gastando a tu primo, ya sabes —dijo Tess cruzando los brazos sobre el pecho.

Bueno, por lo visto no necesitaba que la rescataran. El Mascarón —Crystal— no parecía de las que se tragaban cualquier cosa, pero se había tragado la historia de Tess.

—Cariño, dale algo de dinero —le dijo Tess—, porque ha perdido la propina que le habrían dado.

Jimmy se metió la mano al bolsillo para buscar la cartera y sacó dos billetes de veinte dólares.

Tess cogió otro y le dio el dinero a su nueva amiga.

—¿Me pedirás esas dos cervezas? —le preguntó a Crystal.

La camarera hizo algo más; se puso detrás de la barra para servirle ella misma.

Tess se volvió hacia Jimmy, que aprovechó la oportunidad para poner un brazo a su alrededor; al fin y al cabo le había llamado cariño. Sólo le estaba siguiendo el juego, dejando que esa piel suave se deslizara bajo sus dedos.

—Gracias —ella bajó la voz y se acercó un poco más a Jimmy para ocultarse, al menos del resto de la gente—. ¿Podrías devolverme la camisa?

—Ups —exclamó él. Su camisa estaba en el bolsillo de su chaqueta, que estaba tirada en el suelo junto a los servicios. Eso suponiendo que nadie la hubiera encontrado y se la hubiera llevado a casa.

—¿Qué? —dijo Tess mirándole con fuego en los ojos.

Mientras Jimmy la miraba se acercó aún más a él. Eso podría haber hecho que dejara de mirarla, pero provocó que el resto de sus sentidos se despertaran. Era como si compartieran la misma camisa, con aquella piel tan cálida y suave. La deseaba con tanta intensidad que le asaltó un pensamiento igualmente poderoso. Era tan fuerte que estuvo a punto de tambalearse.

No la merecía.

Ni siquiera tenía derecho a tocarla. No con esas manos.

—¿Estás bien? —susurró Tess.

Perdido de algún modo en el tiempo, Jimmy la miró a los ojos. Eran marrones claros —un color nada especial— pero siempre le habían atraído la calidez y la inteligencia que podía ver en ellos. En aquel extraño momento de lucidez se dio cuenta de que los ojos de Tess eran hermosos. *Ella* era hermosa.

Un ángel que iba a salvarle...

—No —respondió, porque en ese instante le horrorizaba la idea de mentirle, y hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido.

Cuando ella abrió los ojos de par en par supo que había visto la sangre de su zapato y el agujero de sus pantalones —el tercer tipo del tejado había contraatacado— y se había dado cuenta de que estaba herido. Aunque en realidad su estado físico era lo que menos le preocupaba.

Pero en ese momento Crystal puso dos botellas de cerveza sobre la barra, Tess se dio la vuelta para darle las gracias y se encontró de nuevo en el mundo real. Ya no era angelical ni hermosa; era simplemente Tess Bailey, del departamento de apoyo, una chica mona e interesante. Tenía la sonrisa torcida, la nariz un poco rara y la cara demasiado redonda; era muy probable que tuviera papada antes de cumplir los cincuenta.

Sin embargo, la combinación de interesante y medio desnuda hacía que resultara muy atractiva. Y como eso era lo único que le importaba a Jimmy ahora mismo, dejó a un lado los sutiles destellos de lucidez que le habían deslumbrado momentáneamente.

Esa noche iba a acabar con Tess. Ella no lo sabía aún, pero sería así. Aunque no iba a salvarle. Al menos no de forma permanente.

Había llegado demasiado lejos para eso.

En cuanto a lo que merecía o no... La vida real no era como en las películas, donde a los malos les castigaban por sus pecados y triunfaban los buenos.

Lo cual era una gran suerte para él.

—¿Quieres que vaya a buscar a Decker? —cuando Crystal se fue Tess volvió a centrar toda su atención en él, visiblemente preocupada.

—No, estoy bien —dijo Jimmy, porque le estaba mirando como si se encontrara perdido. Entonces pensó que podía tener un poco de tiempo—. Lo siento mucho —añadió dándole un rápido beso en los labios, porque no sabía de qué otro modo borrar la preocupación de sus ojos.

Aquello consiguió distraerla, y a él también.

Quería volver a besarla durante más tiempo, con un beso profundo que provocara fuegos artificiales, pero no lo hizo. Lo dejaría para más tarde.

Y Decker siempre decía que no tenía fuerza de voluntad.

—Estoy bien —volvió a decir Jimmy esbozando una sonrisa para demostrarlo—. Es sólo un rasguño.

No lo sabía con certeza; ni siquiera se había parado a mirar la herida. Pero había conseguido bajar corriendo las escaleras. No podía ser demasiado grave.

Echó un vistazo a la gente para ver quién estaba completamen-

te borracho, quién podía servirle mejor como catalizador para la segunda parte del espectáculo.

—¿Has encontrado algún modo de poder sacar a Decker de aquí? —preguntó Tess. Entonces se dio cuenta de que había logrado desconcertarla, porque cruzó de nuevo los brazos sobre el pecho.

—Sí, he limpiado el tejado —se preguntó si sabría qué significaba eso. Volvió a mirar hacia la sala. Había un tipo con una camiseta verde tan mamado que hasta las risas de sus compañeros estaban empezando a molestarle.

Pero Tess no entendía lo que estaba diciendo.

—¿El tejado? ¿Cómo...?

—He pedido ayuda para que nos evacuen —Jimmy le explicó la parte más sencilla—. Sacaremos de aquí a Decker volando. Va a venir un helicóptero a recogernos, pero antes necesitamos un poco de diversión. ¿Has visto alguna vez una pelea?

Tess negó con la cabeza.

—Pues estás a punto de ver una. Si nos separamos y no puedo volver aquí mantente en el borde de la sala. Pega la espalda a la pared, ten cuidado con las cosas que vuelen y estáte preparada para agacharte. Luego vete a aquella salida de emergencia, la que está justo enfrente de la puerta principal —señaló hacia allí—. Detrás de esa puerta hay unas escaleras. Si llegas la primera espérame a mí o a Deck. No abras esa puerta sola, ¿está claro?

Ella asintió.

—Ah, hay otra cosa importante —dijo—. ¿Quieres cenar conmigo mañana? *Puede que te sientas un poco presionada...*

Tess se rió asombrada.

—No me contestes ahora —dijo Nash—. Date un poco de tiempo para pensarlo.

Era evidente que la había pillado completamente desprevenida. Estupendo.

—Diego, yo...

—La cabeza arriba —le interrumpió.

Porque Gus venía derecho hacia ellos buscando a Tess, preguntándose por qué tardaban tanto sus cervezas, impaciente por llevar a Decker al aparcamiento para que le llenaran de agujeros, para que exhalara su último aliento sobre la grava.

Y detrás de él venía Deck, el único caballero auténtico de aquel antro, dispuesto a saltar sobre Gus si miraba a la pequeña Tess aunque fuera de reojo.

—Cuando dé un golpe a ese tipo que está ahí sentado con una camiseta negra de «Badass» —le dijo Nash cruzando una mirada con su compañero justo cuando Gus le vio con Tess. Entonces Gus metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar su móvil o su pistola, pero en realidad no importaba, porque estaba bastante cocido y Deck le tenía ya controlado—, acércate a la barra y dile a tu amiga Crystal que llame a la policía, que hay una persona armada en el local. Preparados, listos...

A unos cinco metros, Decker puso a Gus Mondelay de rodillas antes de tumbarle en el suelo, lo cual fue una suerte para él, porque si le hubiese pillado Nash le habría partido el cuello.

—¡Ya!

Decker conocía el procedimiento.

Tras quitarle a Mondelay el arma y el móvil y dejarle en un estado de inconsciencia sin demasiado esfuerzo, estaba más que dispuesto a entrar en acción.

—Camisa verde a las dos en punto —gritó Nash dándole a Deck un objetivo fácil de localizar.

Después de trabajar juntos durante siete años él y Nash habían convertido el arte de provocar una pelea en una ciencia. Elegían a dos borrachos iracundos que estuvieran sentados bastante cerca entre la gente. Empujaban a los dos al mismo tiempo y les tiraban al suelo si era posible. Y entonces comenzaban los gritos, el intercambio de acusaciones y el alboroto.

Nash tenía una habilidad especial para determinar a primera vista cuando una persona estaba a punto de explotar. Hombre o mujer, los observaba, los medía y se aprovechaba de ellos.

No era una habilidad despreciable en su trabajo.

Como estaba previsto, la pelea entre Badass y el de la camisa verde se convirtió en una refriega que ni siquiera los matones del local pudieron controlar. Mesas volcadas, vasos y jarras por los aires, tacos de billar rotos, sillas destrozadas.

Fue un ocho alto en una escala del uno al diez; con un cinco habría sido suficiente para escapar.

Ágil como un bailarín, Nash se abrió paso entre la multitud y cogió a Tess Bailey mientras se dirigía hacia la salida de incendios para reunirse con Decker.

Tess seguía sin camisa, detalle que Nash no podía haber pasado por alto.

En vez de salir a la calle subieron por las escaleras, una alternativa muy interesante.

Nash leyó su mente y respondió a la pregunta mientras continuaban ascendiendo.

—Hay un ejército en el aparcamiento, así que he pedido un «queiebrapresupuestos».

Así era como llamaban en la Agencia a los helicópteros de evacuación. Mantener un helicóptero en el aire resultaba muy caro.

Nash había estado llevando a Tess por delante de él, pero entonces le impidió que saliera por la puerta al tejado.

—Ponte detrás de mí —le ordenó mientras le daba su camisa. Justo a tiempo, porque Decker había estado a punto de ofrecerle la suya.

Tess no pareció darse cuenta de que el gesto caballeroso de Nash llegaba con un poco de retraso. De hecho estaba mirándole como le miraban siempre las mujeres, sobre todo cuando le sonrió y se acercó a ella para decirle:

—Has estado muy bien ahí abajo.

Era algo típico. Aunque aún no se encontraban fuera de peligro, Nash ya estaba preparando el terreno para el final de la noche.

Decker se habría reído, pero su compañero estaba intentando ligar con Tess Bailey. Además, aquella noche Nash se mostraba muy raro. Como si estuviera actuando de forma mecánica o representando un papel.

Deck oyó las sirenas de la policía local, a la que habían llamado para disolver la pelea del bar. Era una diversión añadida y una protección adicional. Con cinco coches de policía en el aparcamiento, sólo los tipos más chalados de Freedom Network se atreverían a disparar al helicóptero de la Agencia que iba a recogerlos en el tejado.

—Debemos tener los ojos bien abiertos, porque han pasado cinco minutos desde que he limpiado esta zona —les dijo Nash.

Entonces Deck se dio cuenta de que había ocurrido algo desagradable mientras Nash limpiaba el tejado de posibles tiradores.

Decker no se enteraría nunca de lo que había sucedido. Él y Nash no hablaban de esas cosas. Podía intentar sonsacárselo, pero como mucho le diría: «Sí, he tenido un pequeño problema. Nada que no haya podido controlar».

Salvo que Decker ya no se creía eso. Estaba seguro de que su compañero podía controlar cualquier forma de violencia que le echaran encima y salir victorioso, o al menos con vida. Pero eso era muy diferente al control psicológico que se necesitaba en aquel negocio. Lo que le preocupaba era cómo controlaba las secuelas de la violencia.

—Allá vamos —dijo Nash lanzando a Tess otra sonrisa. El helicóptero estaba allí fuera. Deck pudo oír cómo se acercaba—. No te separes de mí.

Nash miró a Deck, Deck asintió sacando también su pistola y luego abrieron la puerta de una patada.

Allí no había nadie, ninguna resistencia. Subieron al helicóptero y se alejaron rápidamente de la zona en cuestión de segundos.

Era imposible hablar con el ruido de las aspas, pero mientras Decker observaba Nash se inclinó sobre Tess y le dijo algo al oído.

Ella se rió y se acercó un poco más para responderle.

Cuando le tocó hablar a él no hubo una respuesta inmediata a sus palabras. Pero hubo una cantidad significativa de contacto visual, sobre todo cuando Nash le abrochó bien la camisa que le había dejado.

Puede que Nash hablara con Tess aquella noche y le dijera lo que no podía decirle a Decker.

O que simplemente la utilizara sexualmente hasta que el olor de la muerte no fuese tan intenso, hasta que creyera que había «controlado» lo que hubiese tenido que hacer aquella noche para salvarle la vida.

Tess estaba mirando a Deck desde el otro lado de la cabina, e hizo un esfuerzo para sonreírle, esperando que estuviese utilizando a Nash como él a ella, deseando que pudiera leer su mente y tuviera en cuenta su silenciosa advertencia.

Aunque puede que sí lo hiciera, porque miró a Nash, volvió a mirar a Decker e hizo una especie de mueca encogiendo un poco

los hombros. Como si quisiera decir: *Ya sé en qué me estoy metiendo, pero no puedes culparme...*

No, no podía. Sólo esperaba...

Decker esperaba que Nash llevara a Tess a casa y le hablara de lo que había ocurrido en el tejado en vez de lanzarse sobre ella.

Aunque sabía muy bien que sus motivos para esperar eso no eran del todo limpios.